

biendo desembarcado en Italia, se aproximaban por la Toscana á la Lombardia; atemorizado con lo cual el rey de Cerdeña se concertó con María Teresa para proteger el Milanesado y el ducado de Parma. Fleury, económico y no bien persuadido de la bondad de su causa, tuvo á Francia en movimiento, sin adoptar por eso medidas eficaces. El mas animado adversario de María Teresa, y segun decia esta misma, el mas generoso y benévolo, tan atrevido como Federico, y sin embargo, vituperado porque no alcanzó su empresa buen éxito, era Carlos VII, al cual no lisonjeara el ver por ambicion devastada la Alemania, y ademas se encontraba en tal escasez de medios que tuvo que aceptar de Noailles una letra de 40,000 escudos.

Verdad es que los Prusianos prevalecian por la unidad y la prontitud; pero Federico no se proponia mas fin que su propio provecho, por cuya causa hizo en Berlin la paz con María Teresa, adquiriendo la Alta y Baja Silesia, parte de la Moravia y muchos derechos, sin curarse para nada de los aliados. La guerra continuó con vária fortuna y los Ingleses tomaron parte en ella despues de haberse enemistado con España con motivo de los derechos de navegacion de que ántes hemos hablado. Jorge Anson, enviado por ellos á Chile y el Perú y el almirante Vernon, que estaba en el istmo de Panamá con cincuenta navíos de guerra, quince mil soldados de marina y otros tantos de desembarco, hicieron un inmenso botín. Peleábase, pues, por una herencia en los dos hemisferios. Pasarémos por alto las batallas y manejos de aquella diplomacia, que se llamaba ciencia de Estado, y que se agitaba en artificiosos y especulativos tratados, no teniendo ningun interes inmediato en aniquilar al Austria. Escocfanle á María Teresa las concesiones hechas á Federico y se preparaba aliados para recobrarlas. Con este objeto hizo largas concesiones al rey de Cerdeña, pero en compensacion aspiraba á la posesion de Nápoles, y Lobkowitz, enviado para invadirlo, devastó los Estados del papa, que en vano habia permanecido neutral, é hizo en Velletri una de aquellas guerras de movimientos que lo devastan todo sin resolver nada.

Francia, que hasta entónces solo habia intervenido como aliada, bajo pretexto de los *escritos incendiarios* difundidos por los ministros de María Teresa, le declaró á la sazón la guerra. Federico II se manifestaba indignado de la obstinacion de María contra el emperador legítimamente elegido, al cual queria no solo rechazar y obligar á que renunciase, sino privarle hasta de las posesiones hereditarias; Federico, pues, diciéndose obligado á defenderle como á su señor soberano, y á sostener el voto emitido por los electores, propuso condiciones, y no habiendo sido escuchado, se alió con Francia y con los Estados del imperio. Á esta *union de Francfort* opuso la reina de Hungría la cuádruple alianza del rey de Polonia, el elector de Sajonia, la Gran Bretaña y la Holanda, y se preparó á perpetuar

una guerra que lamentaba toda Europa. El ejército frances estaba mandado por uno de los mejores capitanes, el mariscal de Sajonia, el cual aumentó la importancia de la artillería y de los rápidos movimientos y derrotó á los Austriacos en Fontenoy y en Raucoux. Una *pragmática armada* expedida por Inglaterra, que especulaba con sus azotes, penetró en Alemania por el Hannover; el *martillo de oro* de esta abrió las *puertas de hierro de los Sajones*; la Holanda siguió á Inglaterra como una *chalupa sigue á un navío de linea* (1), y el país quedó arruinado mientras Franceses y Españoles llevaban á cabo en Italia hermosas é inútiles empresas. Para desalojar á Lobkowitz de las Legaciones donde mandaba como conquistador, fué Gáges con los Españoles y se unió al ejército que Francia mandaba por Génova, que habia declarado guerra al rey de Cerdeña á causa del Finale, marquesado que le habia sido vendido por Carlos VI y dado entónces por María Teresa á Carlos Manuel III bajo pretexto de que le auxiliaba para ponerse en correspondencia con las potencias marítimas. Setenta mil enemigos reunidos tomaron á Tortona, Plasencia, Pavia, Asti, Alejandría, Casal; derrotaron al rey en Bassiniana y los Españoles entraron en Milan. Carlos Manuel se rehizo y mientras estaba en avenencias derrotó á los Franceses, que se vieron obligados á reparar los Alpes, y ocupó á Sabona y el Finale. Génova atemorizada abrió las puertas á los Austriacos, acaudillados por el marques Antonio Botta Adorno. Estos, para secundar á Inglaterra, que queria vengarse de los males que le habian causado los Franceses sosteniendo al pretendiente en Escocia, se habian escarpido hácia la Provenza, pero sus brutales maneras irritaron al pueblo genoves, que insurreccionándose los acuchilló y expulsó (2).

En este medio tiempo Carlos VII, que se habia retirado á vivir oscuramente en Francfort, y debia haber recibido una corona que le costaba tantos pesares, murió, y su hijo se reconcilió con María Teresa, la cual le restituyó los países que le habia quitado, á condicion de que diese su sufragio á Francisco de Lorena y reconociese el voto electivo de la Bohemia, por cuya causa el duque de Lorena fué elegido emperador á presencia del ejército austriaco. Aquí mas que nunca se puso en juego una política tortuosa: Inglaterra y los Estados Generales lamentándose de que Austria ganase tanto en una guerra emprendida solo por su culpa, amenazaron con que tratarian aparte con Francia; María Teresa con una obstinacion que solo el éxito justifica, se negó á todo trato, declaró que su conciencia le prohibia disminuir el patrimonio de su hijo y la integridad jurada, é hizo alianza con Rusia y Polonia, en evidente perjuicio del rey de Prusia, con el cual estaba en tratos. Rusia, en efecto, que entónces por primera vez tomaba parte

(1) Expresiones todas de Federico II.  
(2) Véase mas adelante, cap. 28.

Paz de Arquis-gran. 1748. 28 de octubre.

directa en los acontecimientos de la Europa Meridional, envió al socorro de la emperatriz treinta y siete mil hombres hácia el Rhin: irrupcion que asustó á Europa y la hizo inclinarse á la paz, la cual fué concertada en Aquisgran. Su base fué la restitucion de los prisioneros y de las conquistas hechas en Europa y en las Indias. Por lo tanto, Francia volvió á Don Felipe los Estados de Parma, Plasencia y Guastala: al rey de Cerdeña le fueron confirmados sus derechos á las posesiones del Vigevanasco, parte del Pavésado, el condado de Angera, otorgados por María Teresa en el tratado de Worms de 1743, así como el Tesino, que quedaba como frontera desde el lago mayor hasta el Po: el Finale quedó para los Genoveses, que, como en el ducado de Módena, fueron restablecidos en los derechos antiguos. Los que se creian con algunos á las posesiones de que se estaba disponiendo, mandaron al congreso protestas que este registró y nada mas.

Inglaterra habia querido mantener el equilibrio mediante los subsidios que pagaba lo mismo á la Rusia que al Austria, de suerte que tuvo la direccion de la guerra y el arbitrio de la paz, persuadiendo al mundo de que era necesaria. Reconociase la pragmática sancion por una parte y por otra la sucesion de la casa de Hannover al trono de Inglaterra: á Prusia le quedaron el ducado de Silesia y el condado de Glatz, con lo cual se descompuso la unidad germánica, estableciéndose una potencia émula del Austria, y que no teniendo antiguas alianzas, al buscarlas nuevas, habia de desconcertar las ya existentes.

La paz de Utrecht, despues de tantos desastres, habia dejado á Francia mas grande todavia y échole asequible el trono de España: la de Aquisgran, despues de tantas victorias, no le produjo ningun fruto, como no fuera la recuperacion del Cabo Breton, y en vez de aniquilar al Austria, la hizo mas poderosa que nunca. María Teresa, educada por su padre en la idea de poseer la monarquía sin division, la consideraba como un depósito que hubiera sido impío violar. Por esta razon, aunque todo lo debia á Inglaterra, cuando el embajador de esta potencia fué á presentarle sus felicitaciones por haber hecho la paz, le respondió que debiendo mas bien darla el pésame, podia excusarse la conferencia.

Inglaterra formó una justa opinion de sus propias fuerzas al ver que Francia no podia igualarla en renta ni en fuerzas marítimas, así como ella no podia compararse con Francia en cuanto á ejércitos terrestres. Los fuertes se convencieron de que podian dañarse, pero no destruirse. « Porque el arte de la guerra se ha perfeccionado, porque la política sabe establecer una balanza de poder entre los reinantes, y las grandes empresas producen raras veces los grandes efectos que de ellas se esperan; fuerzas iguales por ambas partes y la alternativa de victorias y derrotas hacen que al fin de la guerra mas empeñada se encuen-

» tren los enemigos sobre poco mas ó ménos en el estado en que estaban ántes de emprenderla. » Por último, la falta de fondos obliga á hacer una paz que debia ser obra de la humanidad, « no de la necesidad (1). »

Empero todos conocian que la paz no podia ser duradera, porque los enemigos eran fuertes y estaban irritados.

## CAPITULO V

Federico II. — Guerra de los Siete Años.

Ya los acontecimientos que hemos referido nos han dado á conocer á Federico II de Prusia. Era Federico de corta estatura y figura poco agradable, de mucha memoria, escasa imaginacion, poco dado á los placeres del cuerpo, excepto el de la mesa, y mucho á los del espíritu, á los epigramas y á las sátiras; lógico puro, no sabia comprender las bellezas de las artes antiguas, ni la profundidad de la ciencia moderna. Amó mucho á sus padres, poco á su esposa, y quizá á ninguna otra mujer: tuvo amigos, no favoritos, y trataba á aquellos como iguales, sabiendo valerse de ellos en las ocasiones. Protestaba que aborrecia la afectacion y el fingimiento, pero bajo un aspecto de franca confianza sabia disimular y disfrazar sus proyectos. Los primeros disgustos domésticos que tuvo debilitaron su benevolencia, y luego que pasó su juventud, la franqueza dejó su lugar á la acrimonia, y al fin de su vida estuvo retirado y solitario. Su fuerte voluntad le hacia triunfar, y parecia obstinado en sus proyectos porque los habia meditado muy largamente. En los peligros manifestaba grandeza de alma y actividad, y era rico en recursos. Ganaba las batallas con valor, á los ricos con títulos, á los literatos con proteccion, las conciencias con libertad, á los vencidos con respeto, y á los necesitados con socorros. Toleró la libertad de imprenta, y no hubo ningun rey que fuese blanco de tantos libelos y los dejase tan impunes. Viendo una vez mucha gente al rededor de un pasquin satírico contra él, le hizo poner mas bajo para que le leyesen con mas comodidad. Decia: « Estamos de acuerdo: yo dejo decir á mi pueblo lo que quiere, y él me deja hacer lo que mas me agrada. » Pero no hacia esto tanto por espíritu liberal como por la confianza que tenia en las bayonetas, y refiriéndole que uno hablaba mal de él, dijo: « ¿ Cuán- » tos miles de hombres tiene á su disposicion? »

Acogió en su corte á muchos doctos franceses y á los Italianos Algarotti y Denina; en su conversacion era vivo, libre y simpático, y mordaz sobre todo en el tema que era moda entónces, la irreligion. Su penetracion en conocer las debilidades y los defectos no manifiesta buena índole; lo mismo que en las chanzas que usaba

(1) Carta del 2 de enero de 1759 á Fouquet.

Carácter de Federico II.

1743. 8 de enero.

49 de diciem. bre.

1746.

5 de diciem. bre.

1745. 20 de enero.

1746. 22 de mayo.

con los que le trataban, que eran dolorosas porque venían de tan alto. En su santuario de Potsdam, aquel nuevo Juliano se reía de Dios, de los reyes y hasta de los filósofos, y así como su padre usaba el bastón, Federico usaba el epigrama, cuyas heridas eran más crueles; en ellos se burlaba de los príncipes alemanes llenos de deudas y de pretensiones, de la hipocresía de María Teresa, de la belleza de la Pompadour, de las pretensiones poéticas del cardenal Bernio, de los amores de Catalina, y de la intolerancia de Voltaire.

Su educación era limitadísima: solo conocía á las Franceses, y aun á éstos bastante mal: sus secretarios tenían que corregir sus solecismos y limar sus rimas. Voltaire se burló de él como poeta: se le cita entre los buenos historiadores, porque era materia que conocía y á la manera de la época escribió las *Memorias para la historia de la casa de Brandeburgo*, obra de pobre estilo, y que carece de reflexiones profundas, de cuadros vivos, pero en la cual están muy bien indicadas las causas, bien expuestos los hechos y sutilmente tratada la política. En la *Historia de mis campañas*, si no tiene el vigor original y sencillo de César, revela el genio de la táctica moderna, y muestra una increíble imparcialidad al hacer su propia crítica. La *Historia de mi tiempo* está escrita en estilo filosófico, y elogia los progresos del deísmo en Francia. Federico introdujo en la jurisprudencia la lengua vulgar, tan importante en los asuntos que se refieren al pueblo. Verdad es que despreciando el idioma patrio, aunque principiaba á florecer entonces, se dedicaba solo al francés; y en su obra *De la literatura alemana, sus defectos, sus causas y modo de corregirlos*, habló como hubiera podido hacerlo medio siglo antes. Con este libro dió mucho que decir; le acusaron de lesa patria, pero las buenas máximas esparcidas en la obra sirvieron de mucho y se corrigieron los defectos que indicaba.

Á pesar de su despotismo y de la poca simpatía que tenía con el pueblo, era bien querido en todas partes: los filósofos le proclamaban un Antonino; los Alemanes encontraban en su descuido y en su valor el tipo de su nacionalidad, aunque, de hecho, él ni la comprendía, ni obraba en conformidad con ella: sus enemigos se veían obligados á estimarle, y su memoria sirvió en la guerra de Napoleon para despertar el valor prusiano, como hoy entre los Franceses la de Napoleon (1).

No dejaba nada al arbitrio de los magistrados ó ministros, sino que lo quería todo para sí, y muchas veces encarceló á algunos por pasión ó por capricho. Hacía todo por sí mismo, y se

(1) Además de sus obras que son el mejor retrato, le pintó perfectamente el príncipe de Ligne: el cual no estaba ocupado en la corte con el recibimiento que le harían, ni con las cosas que dirían, ni con vestidos extraordinarios; sino que se hallaba en su propio lugar, sin deseo de distinguirse, ni temor de que no le observasen. Véase también CAMPBELL, *Federico el Grande y su época*. Londres, 1812.

valía de los funcionarios como de simples instrumentos; despachaba en persona los negocios que en otra parte los ministros hubieran abandonado á los subalternos; hacía de chambelán, de escribano, de intendente, y no creía conciliable la unidad del proyecto con la división del trabajo: ni aun quiso tener un consejo de Estado, que en las monarquías absolutas es un medio de conservar y transmitir la práctica del gobierno. Para servirle bien, no eran necesarios el talento ó la probidad, sino ser una máquina que siguiera el impulso dado por él. Bastando para ser ministro saber escribir, no había estímulo á la actividad mental y todo se reducía á formas minuciosas. *No dejemos nada para mañana* era una de sus máximas, y todas las mañanas leía legajos de cartas, indicaba las respuestas, firmaba y despachaba; por el día veía á los nobles, y pasaba revista á su guardia con el minucioso cuidado de un sarjento. Mientras los demás países consumían las rentas públicas, él, economizando, hizo florecer las suyas; aunque era muy gravoso al pueblo el sistema de las aduanas, confiadas á forasteros, y el monopolio del tabaco y del café. En todo tenía gran economía: dotaba pobremente á sus embajadores; vestía con mezquindad; vendía la caza de sus posesiones, y aunque le gustaba mucho la mesa, no gastaba en su casa más de 50,000 francos al año. Aunque la economía de su predecesor y la suya impidieron la creación de los grandes establecimientos de otros países, abrió la Academia de bellas artes, compró el museo de antigüedades del cardenal Polignac, é introdujo la ópera, cuyos gastos costaba, enviando los billetes á quien quería. La sencillez de sus costumbres evitó la costosa imitación de Luis XIV, y á su ejemplo los príncipes de Alemania abandonaron muchas pedanterías, y perdieron la costumbre de consumir la hacienda en el lujo, y la paz en orgullosas puerilidades de ceremonia. (1)

(1) Entre estos fastuosos príncipes recordáremos al duque Carlos Eugenio de Wurtemberg, que tenía una corte como la de un gran soberano, más de trescientos ó cuatrocientos hermosos caballos, gran mariscal, gran escudero, gran montero, gran copero, multitud de chambelanes, y gentiles hombres, magníficos guardias, correos, lacayos, cazadores cargados de oro, un teatro para la ópera, capaz de cuatro mil espectadores, y una orquesta de las mejores de Europa, dirigida por el ilustre compositor italiano Nicolas Jomelli. Los mejores cantantes se contrataban en Stuttgart, y no se reparaba en el coste de las decoraciones. En un baile entraban hasta sesenta bailarinas de las más célebres, discípulas de Noverre, que compuso allí los afamados bailes de los Amores de Enrique IV, de Medea y Jason y de las Danáides, en cuya primera representación huyeron asustados muchos espectadores. Vestris, *dios del baile*, bailaba en Stuttgart en los tres meses que le daban de vacaciones en la ópera de París. Carlos Eugenio en sus viajes derramaba el dinero; construyó edificios, compró libros, estampas, estatuas, y fundó la Academia de bellas artes. Al mismo tiempo tenía una gran ejército, que costaba anualmente millón y medio de florines: suministró seis mil hombres al rey de Francia, y con diez y ocho mil hizo la guerra al de Prusia.

Sobre las cortes de Alemania publica curiosas particularidades H. de Maltitz en el *Leibnitz y las dos princesas electoras*, dado á luz en el año 1863. Todo allí era extranjero se hablaba y vivía á la francesa, se mandaban venir diversiones de Italia; entre príncipes y señores había empuño co

En Prusia había una verdadera autocracia sin las asambleas de los Estados que se encontraban en el resto de Alemania, y la unidad de gobierno remediaba las diferencias entre tantos países: sin embargo, la monarquía tenía ciertas restricciones establecidas por la costumbre, y la administración se sustrata á la arbitrariedad por medio de los colegios que la dirigían. Federico no podía hacer más que afirmar su tiranía, pues que no ponía la fuerza en la constitución y en la propiedad, sino en el ejército y en el tesoro; estableciendo de este modo una gran separación entre el estado civil y el militar, y ocultando la debilidad de la constitución interior bajo las apariencias de una gran fuerza pública. Creyéndose capaz de hacer grande á su pueblo, no tuvo en cuenta para nada las instituciones, sino que se consideró á sí solo, y á los medios prontos y eficaces del poder despótico. Estas eran ideas de su tiempo, así como la manía de intervenir en todo, de modo que se sucedían á cada instante los reglamentos sobre el comercio, sobre las manufacturas, sobre la agricultura. Sin embargo, queriendo ser filósofo, no supo hacerse superior á muchas preocupaciones; conservó cuidadosamente en el ejército la diferencia entre nobles y plebeyos; concedía con dificultad pasaportes, y fijaba á los viajeros los gastos del viaje y el tiempo que habían de emplear en él. Sus conocimientos en el comercio eran muy escasos, y arruinó á las compañías protegiéndolas; concedió privilegios, y por último alteró la moneda.

Ejército.

El cambio más admirable que sufrió Federico, fué el hacerse amante de los ejércitos, á quienes antes había detestado y de los cuales había huido; y educándose entre libros, llegó á ser el verdadero fundador del arte militar moderno. Antes de él había habido grandes generales, Gustavo Adolfo, Condé, Turenna, Montecúculi, Eugenio; pero todos obraban por inspiración,

ver quién podría aguantar más tiempo el vino y la licencia; pasaban hasta semanas enteras en bailes, borracheras, mascaradas, locuras de toda especie. Debía tenerse una concubina al lado de la esposa, la cual lo toleraba y tomaba su desquite. Á lo que entró en campaña contra los Franceses Jorge I, rey de Inglaterra, quiso su madre, la princesa Sofía, que tuviera 77 criados, 15 layos, 132 caballos de lujo, dos jefes de criados, dos cocineros, y además uno para hacer los asados, y otro para hacer los rellenos de capones, y 20 cocheros. En Besser, para los funerales de la reina Carlota se pagaron 3,000 taleres. Á semejante fausto se unía la grosería, y más de una vez tomaba el príncipe Jorge por la garganta á su mujer, la princesa de Lette, diciéndole: *Te voy á ahogar*, y la dejaba llena de cardenales. Se dió á aquella reina Carlota el nombre de domadora de osos, por haber sido la única que supo inspirar respeto al czar Pedro, cuando fué á la corte de Hannover. Se emborrachaba este con aguardiente en presencia de las señoras, á las cuales decía toda especie de impertinencias. Condenó á un criado suyo á ser ahorcado por una ligera culpa; á otro, á que se le cortara la lengua, y solo fué debido á las representaciones del embajador el que no se ejecutara la condena. Habiendo la mujer de su embajador en Dresde soltado una palabra que le agraviaba, mandó cortar la lengua, y porque se resistía, se la arrancó por fuerza el verdugo. Dió cierto día que en tiempo de guerra lo mismo se le daba una derrota que una victoria, con tal que hubiese muchos enemigos reunidos, pues podía él sacrificar tres Rusos por un Suco.

Nota de 1863.

no por táctica; de manera que todo quedaba confiado al valor y á la fuerza material. Louvois había hecho de los ejércitos un ramo de la administración, y preparado almacenes para mantener á los soldados que antes vivían sobre los pueblos en que paraban. Gustavo Adolfo hizo más ligeras las armas de fuego, y después se perfeccionaron los arcabuces, se sustituyeron las bayonetas á las picas, y se redujeron las compañías á tres filas. Federico Guillermo introdujo en la infantería la unión de todas las partes, que facilita y uniforma las evoluciones.

Federico II convirtió la Prusia en una monarquía militar, con doscientos mil soldados, casi todos indígenas, divididos en regimientos de campaña, regimientos de guarnición y batallones francos. En Italia se llamó por primera vez *ejercicio*, el estudio que hacían las bandas de aventureros para adiestrarse en el manejo de las armas, que después fué perfeccionado por los Suizos y los Españoles. Los ejercicios de la infantería comunal de Francia consistían en el tiro de flechas y de dardos; la caballería hacía también ejercicio individualmente, y se acostumbraba al combate personal. Estos ejercicios variaron muy poco cuando se introdujeron las armas de fuego, y hasta principios del siglo XVII no dejaron de ser aislados, para hacerse en masas.

El Español Basta, en el año 1600, publicó una táctica de caballería, y Walhausen de Hamburgo otra de infantería, y en 1647 el France Lostelneau la imitó aplicándola á los guardias franceses, que eran el único cuerpo del ejército de Francia que hacía el ejercicio en tiempo de Luis XIII. En 1707, para imitar á los Españoles, se publicó un libro, en que se resumían los ejercicios; pero Federico II fué el que conoció y demostró verdaderamente su importancia. Por lo tanto su ejército tenía ejercicio todos los días y campañas todos los años: frecuentes paradas, gran reserva de armas y mucha artillería: desterró la estúpida costumbre de promover á los oficiales por antigüedad; mantenía una disciplina rigidísima, y un feld-mariscal que tuviese una cuchara de plata era castigado con severidad; y con su bastón y los ejercicios convirtió en héroes á soldados sin entusiasmo patrio ni religioso.

Sus primeros hechos de armas no anunciaban un gran general; pero en la batalla de Hohenfriedberg la Europa pudo comprender su genio, inventor de la guerra moderna. Sometió esta á los conceptos del ingenio, calculando todos sus elementos y reduciéndola á una ciencia mixta; combinó la estrategia con la táctica, sobresaliendo en ambas, pero especialmente en esta última, en la cual nunca fué inferior á Napoleon. Redujo á tres las filas de las compañías, en vez de aquellas masas que se creían necesarias para resistir el ímpetu de la caballería, y que ofrecían mayor blanco al cañón; de este modo pudo ocupar doble y aun triple extensión de frente, y mayor celeridad

y facilidad en los movimientos de las divisiones, y de consiguiente combinar las marchas de manera que siempre tuviese superioridad numérica en los ataques meditados. Federico tiene tambien el mérito de haber introducido en el ejército moderno el orden oblicuo, no atacando paralelamente con todo el frente, sino concentrando el ataque contra un punto decisivo. Comunicó al soldado el instinto de la estrategia acelerada, que triplica el número, y no se detenía por reflexiones morales, violaba territorios, atacaba á los inofensivos, sabiendo que la victoria le daría la razón. Por una fortuna especial tuvo en su hermano Enrique un excelente ejecutor de sus proyectos, en cuya fidelidad y actividad podía descansar seguro, mientras él estuviese ocupado en otra parte.

Tambien se habia reformado el ejército en la monarquía francesa. Antes se alistaban de diez y ocho á veinte mil hombres, hez del pueblo; cuyos gastos ascendían á 3.000,000; pero como los enganches libres no eran suficientes en tiempo de guerra, entonces se suplían con medios violentos. París Duverney habia ya pensado en una leva, que se llevó á efecto en 1726, reclutando sesenta mil hombres, divididos en cien batallones. El Austria, á la muerte de Leopoldo I, tenia sesenta y cuatro mil soldados, divididos en veintinueve regimientos de infantería, ocho de coraceros, seis de dragones, dos de caballería ligera, y tres de húsares; cada regimiento de caballería tenia cinco escuadrones, y cada uno de estos dos compañías de cien hombres. Este número se fué aumentando siempre: en 1735 eran ya ciento cincuenta mil; en 1745, llegaron á doscientos setenta mil, y en 1788 á trescientos sesenta y cuatro mil. En Austria se introdujo la conscripción, á imitación de Prusia, en 1762, y se permitía á muchos soldados pasar diez meses al año en su casa, recibiendo una paga de 10 florines anuales. Daun introdujo la costumbre de hacer maniobrar de un mismo modo á todos los regimientos.

Estaban, pues, todos preparados para una colision que se veía venir muy pronto.

Con la paz de Aquisgran y de Madrid se habian adormecido, pero no extinguido las cuestiones comerciales entre América, España é Inglaterra. Esta última, satisfecha de haber arruinado en Finisterre la marina francesa, veía con recelo que se rehacía á costa de inmensos gastos, y construir en diez años ciento diez navíos de línea, cincuenta y cuatro fragatas, y buques menores en proporcion; por lo cual trataron de hacerla de nuevo la guerra. Tabago, la isla mas oriental de las Antillas, habia estado ocupada primeramente por los Curlandeses; despues por los hermanos Lombsten, Celandeses, bajo la proteccion de Francia, hasta que el mariscal de Estrée la convirtió en un desierto. Pero habiendo pretendido los Franceses su posesion en 1748, encontraron oposicion en los Ingleses, los cuales ademas no dejaban

de molestarles en los países septentrionales de América, disputando especialmente sobre los confines de la Acadia ó Nueva Escocia y sobre la soberanía de las dos riberas del Ohio, que pretendían eran parte de la Virginia, mientras que los Franceses sostenían que pertenecían á la Luisiana. Tambien se originaban motivos de enemistad en los opuestos partidos que seguían, en las sangrientas contiendas de los reyes de las Indias Orientales. Despues de algunas contestaciones, los Ingleses, á quienes faltaba tiempo para romper la paz, comenzaron las hostilidades sin anunciarlo, se apoderaron de varios buques de guerra enemigos, y piratearon persiguiendo á los mercantes en América.

Entonces por causa de remotas posesiones se rompió la guerra. La Francia trataba de que no fuese europea, conociendo que no recibiría con esto gran daño la Gran Bretaña; sin embargo, no pudo resistir á la tentacion de ocupar Hannóver, país predilecto de Jorge II.

Este, entonces, buscó aliados, y se unió con la emperatriz de Rusia, con el landgrave de Hesse-Cassel, con el duque de Sajonia-Gota y con el conde de Shaunburg-Lippa. Maria Teresa debia, indudablemente, á la Inglaterra el haber salido triunfante en la guerra de Sucesion, pero la pesaba la gratitud, pareciéndole ofensivo el tono que aquella usaba con ella, y el que ponderase en los periódicos y en el parlamento la proteccion que el leon británico habia prestado á la última Habsburguesa. No quiso, pues, unirse al partido de Inglaterra, y habiendo guarnecido bien sus fronteras, no impidió, como emperatriz, que entrasen extranjeros en Hannóver; y ni aun socorrió á los Países Bajos, segun prevenian los pactos, lo que hubiera impedido á la Holanda el tomar parte en la guerra.

Quedaba, pues, con esto destruido el sistema europeo, y todos esperaban á que se decidiese por algun partido Federico II, que no tenia alianzas tradicionales. Federico, Frances por su lengua, por sus lecturas y por sus sentimientos, no podia tener motivos de disgusto con este reino lejano, y que odiaba como él al Austria; pero fiándose poco de la femeníl política de Versalles, se alió de hecho con la Inglaterra. Golpe maestro por medio del cual adquiría una especie de primacia en el imperio, obligándose á tenerle libre de extranjeros. Inglaterra aceptó con entusiasmo la alianza del rey filósofo, que la aseguraba el Hannóver y no la causaba recelos mientras agradaba con sus caprichos, y la simpatía consolidaba una amistad que no estaba fundada en la naturaleza.

Pero Federico con sus epigramas habia citado contra sí la enemistad de cuatro mujeres, enemistad que costó torrentes de sangre. Maria Teresa, tenaz defensora de sus posesiones hereditarias, creía que la habian arrebatado la Silesia; sus nobles cualidades no impedían que se embriagara en la venganza; la devocion la hacia ver en su enemigo al enemigo de Dios, que

1735.  
Junio.1736.  
16 de  
enero.Tratado  
de  
Versalles.  
1747.  
1º de  
mayo.

insultaba las cosas sagradas, y que establecía en la Silesia la religion protestante. ¿Y qué importaba que por esta causa sufriese los estragos de la guerra el país comprendido entre el Mar Blanco y el Golfo de Vizcaya?

La enemistad con el Austria hacia tres siglos que era la historia exterior de Francia; despues de Enrique IV fué el objeto perpétuo de su política, hasta el punto de posponer á ella todos los intereses y la religion. Largas guerras é hipócritas treguas habian agitado al mundo, solo porque se creía que la destruccion de aquella casa era un bien para la Europa. Sin embargo, entonces el Austria habia dejado de ser amenazadora, y parecia conveniente su existencia para reprimir á la Prusia y á Inglaterra. Esto deseaban Bernis, y el príncipe de Kaunitz que aconsejaba á Maria Teresa; y Maria Teresa misma, la madre mas austera, y la princesa mas orgullosa, escribió á la meretriz de Luis XV llamándola prima. ¡Figúrese el lector si quedará satisfecha la vanidad de la Pompadour! Entonces se difundieron máximas nuevas desde el gabinete en que los marqueses y abates eran admitidos para tener el honor de verla peinar: ¿qué razón habia para mirarse como enemigos naturales el Austria y la Francia? Bastantes daños habian ya causado á la Europa por espacio de tres siglos, obrando siempre en ventaja de los Estados menores; en la guerra de los Treinta Años, por acrecentar el poder de Suecia; en la de la gran alianza, por crear la Saboya; últimamente para fortificar la casa de Brandeburgo: ya era tiempo de que se unieran contra el enemigo comun, para aniquilarle, no para sostener á otros, sino para aumentar su propio poder.

Tratábase, pues, en el fondo de destruir la Prusia, y repartirse el dominio entre las dos potencias; en lo cual ganaba solo el Austria, sin proporcionar ventaja alguna á la Francia, que despues de haber trabajado tanto para crear la Prusia, despues de haber ofrecido siempre su apoyo á los pequeños Estados de Alemania contra las usurpaciones austriacas, declaró que sus intereses eran los de la emperatriz; se alió con aquella á quien poco ántes habia querido destruir, y se comprometió en una guerra sangrienta, no solamente extraña sino repugnante á sus propios intereses y á la opinion pública. Aquel tratado fué verdaderamente la obra maestra de la política austriaca, y el último término de la ceguedad francesa.

Entonces se dispuso todo para hacer mas terrible la guerra, que principiaba ya sordamente. Los Franceses, mandados por el marqués de Richelieu, ocuparon despues de reñidas acciones la ciudadela de Menorca, el puerto de Mahon y el fuerte de San Felipe, que se consideraba el mas seguro despues de Gibraltar (1);

(1) Los filósofos amigos de Richelieu exageraban la gloria de estos hechos; Luis XV le dijo: *¡Qué buenos os habrán parecido los higos de Menorca!*

mientras que en el Canadá invadian diversas fortalezas.

El elector de Sajonia, instigado por su mujer, á quien habia ofendido Federico, seguía los consejos del conde de Brühl, que habia reunido en sí cuantos títulos y empleos pudo. Este ministro formó la galería mas rica despues de la de Mazarino; hizo derribar parte de las fortificaciones de Dresde para extender sus jardines, gastaba enormemente en fiestas, bailes y teatros, y castigaba como crimen de alta traicion el hablar mal de él. Á su muerte dejó 12.000,000, cuando la Sajonia estaba pereciendo de miseria. Á este país fué á disputarse la posesion del Canadá. Federico sorprendió á Dresde: la reina de Polonia, hija de un emperador y suegra del delín, se sentó en la caja que encerraba la correspondencia de su marido; pero de nada la sirvió: las cartas fueron enviadas á Federico, que publicándolas, demostró á la Europa, que él, agresor en la apariencia, no habia hecho mas que defenderse de una vasta trama del Austria con la Rusia, no solo para quitarle la Silesia, sino para destruir la monarquía prusiana: de modo que solo habia atacado para prevenir un ataque (1). Ocupada la Sajonia, Federico la consideró como proveedora suya; sacó de ella soldados y contribuciones sin consideracion alguna, y se calcula que el país perdió noventa mil personas y 70.000,000 de rixdalers en contribuciones y provisiones para el enemigo.

Peró Federico se asustó entonces: el imperio, del que nada tenia que temer, le declaró la guerra á sugestion del Austria, citándole é intimando á todos los nobles que abandonasen su servicio. La Suecia tomó tambien parte: Isabel de Rusia temblaba al pensar que una señal suya bastaba para enviar á la muerte tantos millares de súbditos; pero lo dijeron las sátiras de Federico contra ella, y llorando firmó la alianza, en que se separaba de Inglaterra para unirse contra Prusia (2).

Nunca se formó una liga mas formidable. Francia, Austria, Rusia, Sajonia, Suecia, la Confederacion Germánica la atacaron por diversas partes, y ya se repartían los despojos: al Austria la Silesia, á Francia parte de los Países Bajos, á Rusia la Prusia Oriental, á Augusto de

(1) Ademas de Federico II escribieron la *Historia de la guerra de los Siete Años* Archenholtz, Rezow, Redden, etc. — Y de los tiempos que la siguieron MANSO, *Gesch. des Pruss. Staates*; y CARLOS GUILLERMO FERNANDO, *Archiducque de Brunswick-Luneburgo, Denkwürdigkeiten meiner Zeit* (1778-1806), 3 tomos; obra escrita con mucha libertad.

(2) La adhesion de Isabel á la alianza de Versalles fué llevada por el caballero Eon de Beaumont, una de las frívolas extravagancias de aquel tiempo. Despues de haber estudiado derecho, fué como espía á San Petersburgo vestido de mujer, y fué nombrado dama de honor de la emperatriz, y durmió seis meses con la princesa de Daschkoff sin hacer traicion á su sexo. La emperatriz le empleó en varias comisiones diplomáticas; despues fué secretario de embajada, sirvió en la guerra de los Siete Años, y alternó de tal manera en los papeles de hombre y de mujer, que quedó dudoso su sexo. Había nacido en Tonnerre el 4 de octubre de 1728, y murió en Londres el 24 de mayo de 1810.

Agosto.

Octubre.

1757.  
17 de  
enero.Caba-  
llero  
Eon.